



Cogida al vuelo

Hace ya millares de años se escribió la famosa frase: «El número de los tontos es infinito».

Y se escribió en las páginas de la Biblia.

Pero, a veces, se podría volver a escribir, no con un deje de desprecio, sino con resabios de amargura y compasión.

Verdad es que la técnica ha avanzado enormemente, sigue avanzando y no sabemos las sorpresas que nos tiene deparadas. Lo que sí podemos asegurar es que ella nunca se rebelará contra Dios como quieren hacer algunos que la emplean.

Se hallaban en una tertulia.

La conversación se anima hablando de los aviones tan ágiles y perfectos.

A un ingeniero se le ocurre lo siguiente:

—«¿Cómo vamos a necesitar todavía a Dios? ¡Hemos inventado el mismo pájaro!».

Escucharlo la sirvienta de la casa y responder, todo fué uno:

CASA DIOCESANA DE EJERCICIOS

ENERO

27-3 Jóvenes. Premilitar.

FEBRERO

3-9 Hombres. M. I. Dr. Tapies.
10-16 Convictorio.

Abejas: La serpiente bebe agua y la transforma en veneno; la abeja bebe agua y la transforma en miel. Se abeja, no serpiente.

—«Le suplico, señor ingeniero, que cuando su pájaro tenga polluelos me guarde un par para ofrecérselos con tomate...».

Y el ingeniero ya no habló más en toda la tertulia.



Entre estudiantes

—Chico, el alma no existe.

—¿En qué lo conoces?

—¡Toma!, en que no se ve.

—Chico, ¡no tienes talento!...

—¿En qué te fundas?

—¡Toma!, en que no te lo veo.

El pobre y el viejo

—La vida es una injusticia... Dios, que a otros da tantas riquezas, a mí no me da ninguna...

—No eres tan pobre como crees...

Hagamos, si no, la prueba... ¿Querías tener treinta años menos a cambio de cinco mil duros?...

—¡Claro que no!...

—¿Te dejarías cortar la mano derecha por diez mil?...

—Tampoco.

—¿Consentirías en quedarte ciego por cien mil?

—Loco sería.

—¡Ya ves si eres rico! Tienes juventud, fuerzas y medios para trabajar... ¡Cuántos te pueden envidiar!...



Después de los desposorios con José

El alma de María se sentía asegurada y protegida, una vez que hubo contraído los desposorios con José. En éste le había dado el Señor al que respetaba religiosamente su propósito de hacer vida consagrada a Dios. La paz y la alegría se desbordaban en su corazón, y con sentimientos de profundo agradecimiento para con Dios se ponía a considerar su vida. Después de un corto lapso de tiempo sería conducida al hogar de José, para vivir con él; y a partir de aquel momento tendría una garantía firme para poderse entregar en absoluto a Dios, a sus esperanzas mesiánicas y a la preparación para el advenimiento del Salvador. José, su esposo, se le figuraba como un antemuro que le protegía del exterior.

Interiormente, élla lo sabía muy bien, José tenía los mismos sentimientos y deseos. Podría orar a una con él por el cumplimiento de las promesas, como lo hacía por entonces toda la gente piadosa de Israel. Podría elevar su corazón a una con él inflamándolo en el anhelo del Mesías, en las preces del sábado lo mismo que en los sacrificios y oraciones anuales. Podría comentar a una con él en su casa, dando suelta a las ansias de su corazón, las palabras de las Escrituras y en particular las promesas de los profetas que se leyese en el sábado en la sinagoga. María vislumbraba, pues, una vida parecida a la que Ana, la profetisa, iba dejando por el mismo tiempo detrás de sí; vida de oración y consagración a Dios, vida de ansias por el Mesías y de preparación para su venida.

Hoy es el Domingo mundial de la Santa Infancia. Unámonos para rezar al Padre de todos por los niños infieles. Seamos generosos con Dios, amando a nuestros hermanos.



La Oración de la Santa Infancia (redactada por el Papa Pío XII)

«¡Oh Jesús!, que quisiste nacer para que todos los niños Te sientan hermano y sepan que Tú los amas, hen os reunidos en torno a Ti de todas las partes del mundo para decirte hoy, a una sola voz, nuestro amor y nuestro deseo de asemejarnos a Ti en la mente, en el corazón, en la Vida. Tú nos atraes y ¡cuán bien sentimos nosotros tu invitación! Tú nos abres los brazos; y nosotros somos felices al descansar sobre tu pecho. Pero todos tus piqueñuelos, ¡oh Jesús!, no están aquí. La mayoría de los que con nosotros nacieron no te conocen todavía, no saben que Tú los buscas y los esperas, y que pides a los que te aman esas mismas almas de los niños infieles, como el regalo más grato y de Ti el más deseado. Haz que la buena nueva de tu venida y de tu Reino llegue hasta ellos en todos los ángulos de la tierra. Haz que por todas partes resuenen a tu nombre el hosanna que Te cantaron los niños de Jerusalén en tu triunfo de un día. Y pueda nuestra lengua, hecha por Ti elocuente, rendirte como a hermano, amigo y maestro, las alabanzas que Te niega la soberbia de los hombres. Así sea».

Pío PP. XII